

saba el estrecho de Mesina, arrastrando sus caballos á nado detrás de los barcos. Sicilia estaba entonces dividida en pequeños principados, y el jefe normando mandó atacar á Palermo, con la ayuda de una flotilla pisana, sin necesidad de combatir todos los ocupantes sarracenos (1072). Sucesivamente redujo las diversas partes de la isla, y, en 1091, algunos años antes de la gran cruzada hacia la Palestina, escalaba la última fortaleza, el Kasr-Yan ó Castro Giovanni, la antigua Enna, el «ombigo de la Trinacria», el lugar sagrado sobre el cual se elevaba antiguamente el altar de Ceres. Los «Cruzados» poseían así para sus empresas un punto de apoyo en el centro del Mediterráneo.

Sin embargo, la iniciativa del ataque directo contra los profanadores de la tumba venerada no vino de los Normandos: partió principalmente de Francia, donde había hallado eco la palabra del papa. En un principio fué un arranque furioso, desordenado, caótico: las multitudes corrían, nobles, menestrales, sirvientes y vagabundos, dirigiéndose hacia el país del Sol Levante y recogiendo otras multitudes en el camino. La invasión gala comenzaba de nuevo hacia el Oriente, pero sin duda más incoherente que lo había sido la de los Volces Tectosagos catorce siglos antes. Todo ello se movía como una inundación de cieno, cubriendo con su lodo toda la región atravesada. Después de aquella barahunda que se consumió de matanza en matanza y de epidemia en epidemia en la travesía de Hungría y de Bulgaria y últimamente en los primeros choques sobre el suelo del Asia Menor, venían los grandes ejércitos que mandaban los caballeros más famosos de la cristiandad y que se componían principalmente de Franceses, de Normandos, de Loreneses y de gentes de las Ardenas y de los Países Bajos. Godofredo de Bouillon, llamado Otto von Freysingen, fué puesto á la cabeza de los Cruzados porque conocía igualmente el lenguaje de los pueblos románicos y el de los Teutones. Siguió el camino de la Europa central, mientras que Raimundo de Tolosa pasó por la Italia del Norte y Dalmacia y los Italianos tomaban el camino del mar hacia Constantinopla, punto común de cita. Desde allí había que abrirse paso á viva fuerza combatiendo con los Turcos que ocupaban las ciudades y los pasos del Asia Menor y de Siria; de los setecientos mil hombres que partieron

apenas quedaba la mitad: según Gibbon, trescientos mil Cruzados perecieron antes que se arrancara una sola ciudad á los Musulmanes.

No obstante, ese poderoso ejército no hubiera bastado para alcanzar su objeto si no hubiera adquirido el favor de sus huéspedes,

N.º 311. Caminos seguidos por la Primera Cruzada.



1 : 40 000 000

0 1000 2000 3000 Kil.

Los territorios rayados son aquellos en que dominaban los Musulmanes en la época de la primera cruzada. El camino seguido por Godofredo de Bouillon á lo largo del Danubio, el de Raimundo por Lombardía y el de Tancredo por el estrecho de Tarento, están indicados por trazos discontinuos.

los Bizantinos: los barones cruzados, á quienes los Seldjucidas cerraban el camino delante de Nicea, no pudiendo pasarse sin el apoyo de los Griegos para su abastecimiento, hubieron de rendir homenaje, bien á pesar suyo, al emperador Alejo como á su señor, y prometer solemnemente devolverle todas las plazas que conquistasen y habían ya formado parte del imperio de Oriente. Prometieron

sabiendo de antemano que el legado del papa, que les acompañaba, les relevaría en caso necesario de su juramento. Entonces comenzó la verdadera campaña: tomaron Nicea; después, en una gran batalla, derrotaron á los Musulmanes en el interior de la península, franquearon las Puertas Cilicias, llamadas por ellos las «Puertas de



COMBATE DE LOS CRUZADOS Y DE LOS SARRACENOS
(Vidriera de Saint-Denis)

Judas», que con tanta razón temían¹; ocuparon la importante ciudad de Edesa, que les protegió contra los enemigos venidos de ultra el Eufrates, encerrándose en Antioquía, de donde escaparon con gran dificultad por una victoria que pareció un milagro, y, finalmente, gracias á las disensiones de los Musulmanes — de un lado los Fatimitas de Egipto, del otro los Turcos de Asia —, llegaron

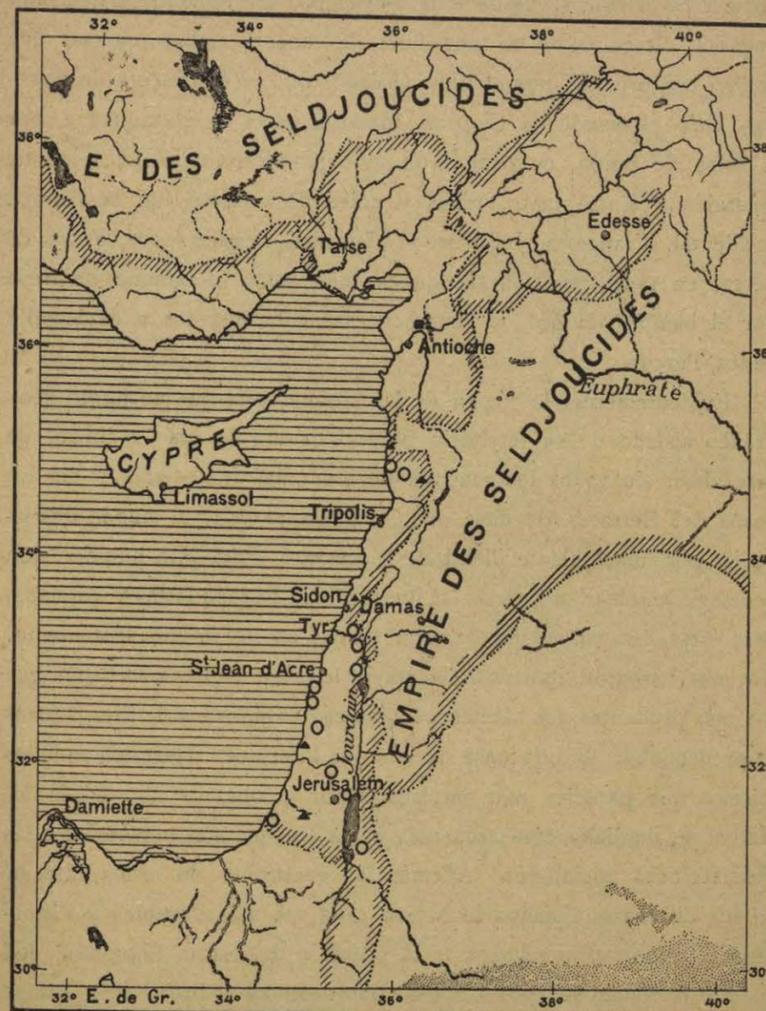
ante Jerusalem, que tomaron por asalto y llenaron de sangre; en el templo mismo, «los caballos se bañaban en ella hasta las rodillas». Al comenzar el sitio, los Cruzados no eran más que veinte mil; pero pronto no quedaron en Jerusalem más que cien caballeros y un millar de infantes. El ejército se había fundido, y el Santo Sepulcro sólo se unía á la cristiandad por un hilo bien fácil de romper.

Todo estaba perdido si los intereses del comercio no hubieran apoyado á los de la fe; pero las flotas de Génova y de Pisa se habían preparado en vista del transporte y del abastecimiento de los caballeros y de los peregrinos, y, gracias á esas flotas que dominaban el litoral, Baudouin, sucesor de su hermano Godofredo, pudo conservar Jerusalem y después conquistar la mitad de las ciudades

¹ W. M. Ramsay, *Geographical Journal*, Octubre 1903.

del litoral, entre otras San Juan de Acre y Trípolis de Siria. Esta última ciudad poseía una biblioteca admirable, probablemente la mejor

N.º 312. Reinos cristianos en Oriente.



▲ Establecimientos de los Hospitalarios. ○ Establecimientos de los Templarios.

1: 7 500 000

0 100 200 400 Kil.

La costa de Asia Menor, al norte de Chipre, formaba parte del imperio de Oriente.

que existiera aún en el mundo: los bárbaros de Occidente, fieles á las tradiciones cristianas, no podían dejar de entregarla á las llamas;

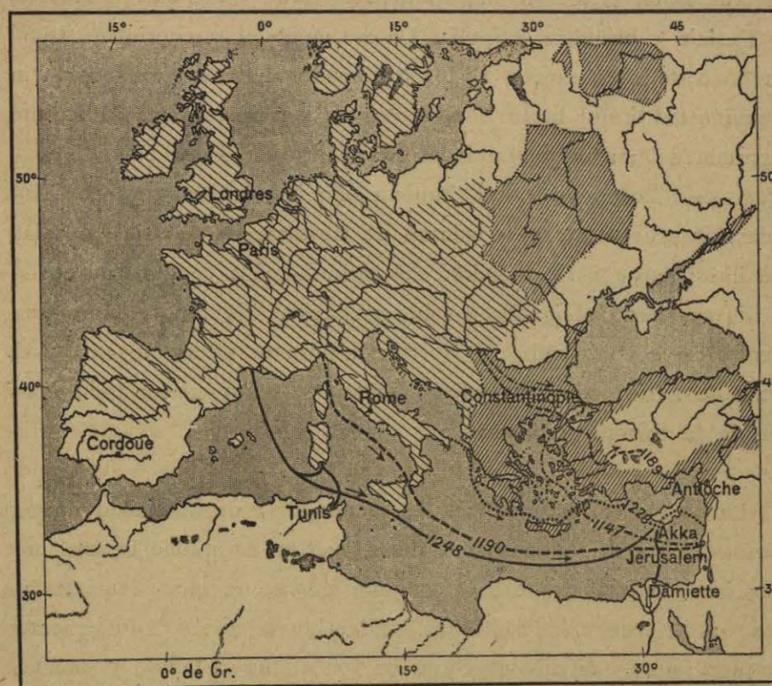
como lo hace notar Ramsay, los Cruzados de esta época no sabían garrapatear sus nombres sobre las rocas como los soldados griegos, mil quinientos años antes¹. Otros bárbaros vinieron pronto á juntarse á los Francos, verdaderos Noruegos, en número de diez mil, llegados directamente en una flota de sesenta embarcaciones, que habían contorneado por el libre Océano todo el continente de Europa. Bajo el mando de Sigurdr, tomaron parte en el saqueo y, por la toma de Sidón, contribuyeron al engrandecimiento del reino de Jerusalem. Entre tanto, miles y miles de cruzados de la Europa occidental, Franceses, Italianos y Alemanes, llegados por la vía de tierra, en 1101, perecían sin quedar uno sobre el camino de Siria por el hambre, la sed, el cansancio, las enfermedades y el cuchillo de los Turcos.

Evidentemente, la lógica de las cosas quería que un punto geográfico aislado de su territorio natural, como lo era la ciudad de Jerusalem, sin todos los macizos de montañas inmediatas y sin los pasos del Eufrates, quedase una conquista exterior al mundo cristiano, y por consiguiente difícil de conservar. Para ello hubiera sido necesario emplear allí todas las fuerzas de la Europa latina y germana, pero éstas distaban mucho de estar unidas en un mismo sentimiento. Los más bárbaros aportaban la mayor fe en su empresa, mientras que los más prudentes, los hábiles mercaderes de Génova y de Pisa, apenas se preocupaban de otra cosa que de sus intereses. Hasta en aquellos mismos que parecían más entusiastas por la obra de libertad, la iniciativa se desviaba con frecuencia hacia las ventajas personales ó las satisfacciones nacionales. Además las cuestiones de orden interior en los diferentes Estados se hacían cada vez más urgentes y disminuía la importancia relativa de la posesión del Santo Sepulcro. Así cuando la ciudad fuerte de Edesa, que defendía el litoral sirio contra los Musulmanes, cayó en poder del hábil y perseverante Zenki, en 1144, debió parecer inevitable la próxima caída del reino cristiano de Jerusalem. En vano fué que tres años después se pusiese en marcha la más poderosa de todas las cruzadas, llamada comunmente la «segunda» hacia los países de Oriente. Constaba de 14000 ca-

¹ *Geographical Journal*, Octubre 1903, p. 384.

balleros y un millón de hombres á pie; la mandaban dos soberanos, el emperador de Alemania, Conrado III, y Luis VII, rey de Francia. Pero, como siempre, los ejércitos se fundieron en el camino, Edesa no fué reconquistada y hasta Damasco, mucho más cerca

N.º 313. De la segunda á la última Cruzada.



1: 40 000 000

0 1000 2000 3000 Kil.

El rayado estrecho recubre los territorios dependientes del patriarcado de Constantinopla; el rayado ancho, los que reconocían la autoridad suprema de Roma.

La fecha 1147 acompaña á la ruta seguida por Conrado III; 1189, la seguida por Barbarroja, y 1190, el trayecto de Felipe Augusto. Las cruzadas de San Luis, 1248, hacia Damietta, 1270, hacia Túnez, están indicadas en raya completa.

de Jerusalem, quedó ciudad musulmana. Los dos jefes, casi sin ejército, regresaron á sus países respectivos con la humillación de la derrota. Cuarenta años después, en 1187, el brillante dueño de Egipto, Salah-ed-din ó Saladino, se apoderaba de la «ciudad santa», á pesar de la fuerza natural de su posición, de la solidez de sus murallas y del valor de sus defensores. El reino cristiano de Jeru-

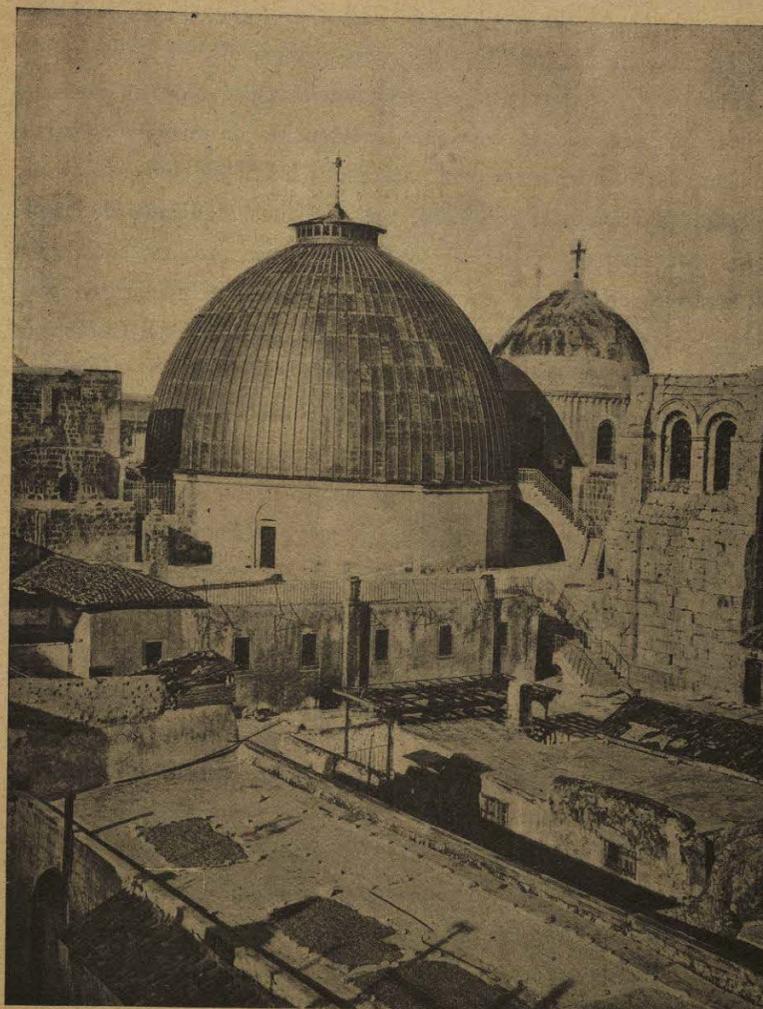
salem duró menos de cien años: los lances de la fortuna guerrera le levantaron durante algunos años fugitivos, en el siglo XIII, después concluyó del todo, á pesar de las cruzadas sucesivas.

Al sud del Mediterráneo, el Islam rechazó igualmente las fuerzas de la cristiandad. Los Roger de Sicilia habían hecho también su cruzada en la Mauritania, apoderándose de todos los puertos de la Tunicia y hasta de Trípoli. De ese modo el territorio del Islam quedó cortado en dos, y si los Normandos hubiesen conservado la posesión del litoral berberisco, la España musulmana, definitivamente separada del mundo oriental del Islam, privada de sus comunicaciones y de todo apoyo moral, hubiera sido indudablemente reconquistada más pronto por los cristianos de Navarra, de Asturias y de las Castillas; pero, desde la mitad del siglo XII, los conquistadores de Sicilia se vieron obligados á soltar su presa. En 1159 hubieron de reembarcarse con rumbo al Norte, y, durante setecientos años, el Islam de Africa continuó defendiéndose con éxito contra todo ataque de la Europa occidental.

La ocupación durante más de medio siglo de la ciudad donde murió el Dios de los cristianos debía ejercer naturalmente una influencia considerable sobre el conjunto de la civilización europea y sobre todas sus manifestaciones. Además esa acción infinitamente compleja es muy difícil de aclarar en todos sus detalles, y mucho más la que se produjo por el contacto recíproco de los Occidentales con los pueblos de Oriente. Sin embargo, los resultados generales se presentan con bastante evidencia para que pueda distinguírseles con toda certidumbre y hacer constar de qué manera reaccionaron sobre el equilibrio del mundo.

En primer lugar, el poder de la Iglesia romana aumentó extraordinariamente. Cualquiera que fuesen los intereses ligados en sus empresas, todas las cruzadas se habían hecho oficialmente bajo el nombre y á la mayor gloria del papado; en la presencia misma del pontífice ó de los más grandes prelados los caballeros habían proclamado su adhesión perfecta á la «voluntad de Dios», y el mismo signo que habían pegado á su manto atestiguaba su sumisión al poder espiritual. Esta hegemonía del papado en el movimiento de

las cruzadas, parece que hubiera debido producir como consecuencia la romanización completa de Jerusalem, convertida en una simple vasalla eclesiástica de Roma. Tal era, en efecto, el voto de los



JERUSALEM — CÚPULA DEL SANTO SEPULCRO

Cl Bonfils.

frailes de todo hábito que acompañaban á los caballeros; pero éstos, que habían tenido el trabajo, querían participar del beneficio, y á pesar de todo, á riesgo de irritar las susceptibilidades clericales, se distribuían los feudos y las grandes rentas. Por otra parte la gue-